

## LA VIDA HEROICA DE CHARLES PEGUY

Por CARLOS ALBERTO ERRO

Péguy nace el 7 de febrero de 1873 en Orleans, la tierra de Juana de Arco. Sus antepasados eran paisanos de la Beauce, del valle del Loire. La madre, viuda a los dieciocho meses del nacimiento de este primero y único hijo, ejercía un oficio manual; componía sillas para ganar el sustento común. Péguy conserva fuerte ternura por los paisanos que fueron sus antepasados; se siente ligado a ellos por un lazo potentísimo e indestructible, tan grande y tan fuerte como el que lo unía a aquellas capillas francesas donde nació. Ha dedicado casi un volumen a evocarlas, a confesar la devoción a su raza campesina y obrera: toda la primera parte de Victor Marie, Comte Hugo. Oigamos el tono emocionado de su voz cuando los recuerda: "Los tenaces abuelos paisanos, viñadores, los viejos hombres de Veunecy y de Saint Jean de Braye, y de Chécý y de Bou y de Mardié, los pacientes abuelos que sobre los árboles y las breñas del bosque de Orleans y sobre las arenas del Loire conquistaron tantas fanegas de buena viña no han durado, no se han prolongado; no han sobrevivido para reconquista del mundo burgués, de la sociedad burguesa, a su nieto indigno, bebedor de agua en botellas. Los antepasados de pie diestro, los hombres nudosos como las cepas, curvados como los zarcillos de la viña, finos como los sarmientos y que como los sarmientos han retornado a la ceniza. Y las mujeres en el lavadero, los grandes atados de ropa bien hinchados, arrollados en las carretillas, las mujeres que lavaban en legía en la ribera. Mi abuela que criaba las vacas, que no sabía leer y escribir, o como decíamos en la escuela primaria, que no sabía ni leer ni escribir, a quien le debo todo, de quien he recibido todo lo que soy". A los cuarenta años dice y repite una y otra vez, enfáticamente, con la insistencia de su lengua que siempre parece desconfiar de que las palabras expresaran con suficiente energía, con suficiente totalidad, lo que quiere expresar: "Yo

sería un gran tonto no dejándome hacer, no dejándome volver a ser, reconquistar paisano. Más que cualquier otro, yo sería un gran tonto. Más que nunca, en ese momento mismo sería un gran tonto".

Allí junto a su madre; junto a sus abuelos viñadores, cerca de la parroquia de Saint-Aignan, donde aprendía el catecismo todos los jueves, adquirió de niño ese gusto por el trabajo manual, ese respeto de los oficios que alcanza cuando se cumplen bajo severa exigencia de perfección, la más alta jerarquía, una jerarquía espiritual. "Era rigurosamente la antigua Francia y el pueblo de la antigua Francia —escribe— era un mundo al que dado este hermoso nombre, este hermoso nombre de pueblo, recibía su plena, su antigua aplicación. Cuando se dice pueblo, hoy en día, se hace literatura, y una de las más bajas, la literatura electoral, política, parlamentaria". "Nosotros hemos conocido un tiempo en que cuando una buena mujer decía una palabra, era su raza misma, su ser, su pueblo el que hablaba. El que aparecía. Y cuando un obrero encendía su cigarrillo, lo que iba a decirnos no era lo que los periódicos habían dicho por la mañana. Los libres pensadores de ese tiempo eran más cristianos que nuestros devotos de hoy. Una parroquia ordinaria de aquel tiempo estaba infinitamente más cerca de una parroquia del siglo quince, o del siglo cuarto, o digamos del quinto o del octavo, que una parroquia actual".

"Nosotros hemos conocido un honor del trabajo exactamente igual a aquel que en la Edad Media regía la mano y el corazón. Era el mismo conservado intacto por debajo. Nosotros hemos conocido ese cuidado llevado hasta la perfección, igual en el conjunto, igual en el más ínfimo detalle. Nosotros hemos conocido esa piedad de la obra bien hecha, llevada, mantenida hasta sus más extremas exigencias. Yo he visto durante toda mi infancia componer las sillas exactamente con el mismo espíritu y el mismo corazón, y con la misma mano que ese mismo pueblo había tallado las catedrales".

"Aquellos obreros no servían. Trabajaban. Tenían un honor, absoluto, como es propio de un honor. Era necesario que un pie de silla estuviera bien hecho. Era lo sobreentendido. Lo inexcusable. No se entendía que debía estar bien hecho para el salario o mediante el salario. No se entendía que debía estar bien hecho por el patrón, ni por los conocedores, ni por los clientes del patrón. Era necesario que estuviera bien hecho él mismo, en sí mismo, para sí mismo, en su ser mismo. Una tradición venida, levantada desde lo más profundo de

la raza, una historia, un absoluto, un honor quería que este pie de silla estuviera bien hecho. Toda parte de la silla que no se veía estaba tan perfectamente bien hecha como la que se veía. Es el principio mismo de las catedrales.”

De Orleans, donde transcurre su niñez, pasa Péguy al liceo Lakanal primero, y luego al colegio Sainte-Barhe en calidad de becado. En 1892 vuelve a Orleans para cumplir el servicio militar y en este primer contacto con la carrera de las armas demuestra un vivo sentido de la disciplina y el honor de la milicia; abandona su regimiento con el grado de subteniente y todos los años cumple los 28 días de ejercicio que dicho grado exige.

En el colegio de Sainte-Barhe son sus compañeros Henry Roy y Charles de Peslonau; André Daley, Louis Baillet, Marcel Badouin, tempranamente desaparecido, y con cuya hermana se casaba más tarde, y los hermanos Tharaud quienes habían de narrarnos su vida en un libro lleno de encanto, “Notre Cher Péguy”. Allí se inicia una amistad llamada a mantenerse estrechamente, con casi todos ellos, en el resto de su vida. Los hermanos Tharaud nos han relatado aquellos años de colegio; nos han contado los diálogos, los sueños y los episodios del grupo juvenil, cuyo centro, por natural imperio, era Charles Péguy. Lo vemos paseando, tomados del brazo, en el patio rosa de la escuela. Charles Péguy vigila el paso de sus compañeros tratando de conservar un ritmo regular; signo de su voluntad despierta, de su sentido de la medida o mejor de su gesto por la armonía del orden. Era un hombre bajo, un poco macizo, de cuadradas espaldas, pero en el detalle todo fineza. “Tenía ojos color aveílana, o mejor, de color castaño, con extraordinario brillo, que miraban pasar las ideas y se detenían sobre uno de golpe con una autoridad sorprendente, de labios delgados, bien diseñados entre los vigorosos maxilares; la sangre cerca de la piel; se le veían latir las arterias y sus manos admirablemente formadas rompían los dedos cuando estrechaban la diestra”.

Cuando Charles Péguy llegó al colegio de Sainte-Barhe ya era socialista. Como dicen sus biógrafos, el socialismo de Péguy se parece más al socialismo de San Francisco, que al de Carlos Marx. Era un impulso del corazón, una concepción evangélica que venía del fondo de su infancia —de su infancia entre admirables artesanos— y que se originaba en su fraternidad con los viñadores del Loire, con los obreros que hacían sillas en Orleans, con unos y con otros, con

todos los que llevaban una existencia dura, ennoblecida por la pasión de la obra bien hecha. No hay revolución verdadera, sostenía, si no es una revolución moral. Pero no era, por cierto, un socialismo meramente teórico o sentimental o contemplativo el suyo, ya que esto significaba lo más opuesto que pueda imaginarse a su verdadero temperamento, era, por el contrario, un socialismo militante, combatiente; manteníase muy cerca de los trabajadores; participaba en sus reclamaciones, en sus huelgas; batallaba como publicista a favor de los derechos de la clase obrera en la “Revue Socialiste” y en la “Revue Blanche”. El socialismo y su programa de redención social, en pleno vigor al principio del siglo, enardecía el espíritu generoso de aquellos jóvenes del Colegio de Sainte-Barhe; llenaba sus vigiliass y se realizaba en sus sueños.

Mas he aquí que un día los compañeros de Charles Péguy —ahora ya en la Escuela Normal Superior de París— advierten que él se aleja poco menos que sistemáticamente de sus reuniones habituales; está absorbido y preocupado por algo que sus amigos desconocen; se halla ausente o esquivo en muchas ocasiones sin que éstos puedan explicarse los motivos. Bruscamente decide abandonar la Escuela y radicarse por una larga temporada en Orleans. Su partida provoca, entre los amigos, explicables conjeturas. ¿Por qué interrumpe sus estudios? ¿Por qué se vuelve a Orleans al comienzo de su carrera? ¿Por qué, sobre todo, no hace saber a sus compañeros las causas de esta resolución inesperada? Oigamos a los hermanos Tharaud: “¿Cómo les hubiera hablado a los nuevos amigos de la Escuela?” Cómo hubiera osado decir frente a la gran mesa de la biblioteca, encerada, luciente, honesta como el alma misma de Herr (uno de los profesores) que él, Péguy, anticlerical puro y socialista integral, pensara en escribir una obra (¡y en verso!) dedicada a la glorificación de Juana de Arco. Me río a solas cuando lo pienso. Este proyecto que venía de lo más íntimo de su ser aparecía como un desafío a todo lo que dejaba ver de sí mismo, y estaba tan en oposición con el espíritu del lugar, que, para tratar de ejecutarlo, sintió la necesidad de irse, de cambiar de aire, de alejarse de influencias que arrojaban demasiadas sombras sobre él”. Los amigos se forjaban toda clase de hipótesis. “Pero la única que era verdadera no podía surgir en el espíritu de nadie. Este socialista ateo se volvía a Orleans para meditar sobre una santa en una atmósfera propicia”.



Vuelto a París, Péguy publica su drama en tres partes "Juana de Arco" que no hay que confundir con "El misterio de la caridad de Juana de Arco", aparecido 11 años más tarde. Juana de Arco, heroína socialista; he aquí una versión realmente inesperada de la historia de la doncella de Orleans. Ya veremos la razón de ser de esta alianza y la profundidad de su sentido.

Tres años hacía por ese entonces que había sido enviado a la Isla del Diablo un capitán judío, el capitán Dreyfus. Casi se había olvidado ya su nombre; Charles Péguy lo había oído por primera vez al entrar a la escuela normal. De pronto se descubre la posibilidad de que el capitán Dreyfus no fuera culpable; de que se hubiera cometido una grave injusticia. El asunto sacude y apasiona a toda Francia. Péguy se pone por entero del lado de los "dreyfusard" y al servicio de los "dreyfusard". El hecho de que un hombre a causa de su religión; de su raza, pudiera ser víctima de la ignominia, lo rebelaba de cuerpo y alma, en toda su sangre y en todo su espíritu. Para él, el asunto Dreyfus era una cuestión de estatura extraordinaria, en que se jugaba no sólo la salud temporal sino también la salud eterna de Francia. Asumía, a sus ojos, las proporciones de un episodio de carácter religioso, se trataba, como dijo más tarde, de que Francia, la nación y el pueblo galos, como entidad y colectividad, no cayeran en estado de pecado mortal. La conmoción colectiva que provocaba debía servir para salvar a Francia, para purificarla, para engendrar, en suma, un profundo renacimiento moral.

Entretanto, rápidamente, como era su costumbre, había decidido abandonar la escuela, para casarse con la hermana de su amigo Bandouin. Familia muy devota antiguamente, había abandonado la fe y poseía un espíritu laico singularmente austero. Ese casamiento puso a disposición de Péguy por primera vez en su vida, una suma de cierta importancia —cuarenta mil francos—. Marido y mujer estuvieron de acuerdo en entregar al servicio de la revolución socialista esta pequeña fortuna burguesa. Alquilaron una "boutique" para abrir una librería —primero se instalaron en la esquina de la rue Victor Cousin y de la rue Cujas, y más tarde en el número 8 de la rue Sorbone; allí se vendían los últimos libros sobre la doctrina social que profesaban. Desde la boutique de la rue Cousin partía a diario en los momentos del asunto Dreyfus un grupo de hombres que capitaneaba Péguy —con su grueso bastón negro en la mano— y

que avanzaba hasta la Sorbone donde se entablaba la refriega con los antidreyfusard. En ese período Péguy conoce a Jaurés y comienza su amistad con el jefe socialista.

Terminado el asunto Dreyfus, el nuevo gobierno que asume el poder; el gobierno de Combe, decepciona profundamente a nuestro escritor. ¿No se trataba acaso durante el asunto Dreyfus de evitar que un hombre fuera perseguido por su religión y por su raza? ¿Y qué se hacía ahora con las congregaciones y con los clérigos católicos al acosarlos con semejante furor? En el fondo nada había cambiado. Péguy ha escrito en "Notre Jeunesse" —uno de sus mejores libros— páginas magníficas sobre este período de su vida. El movimiento a favor de Dreyfus había empezado inspirado por una gran pureza de corazón y movido por una gran fe; había empezado siendo un movimiento místico y terminaba en una maniobra política. Con estas dos palabras —mística y política— Péguy sintetizaba el sentido de la degradación. Y siempre que una empresa mística, en cualquier orden de ideas o de actividades, acaba convirtiéndose en política, se opera idéntica merma de valores, el mismo descenso de jerarquía. Péguy rompe definitivamente con Jaurés; lo fulmina con apasionada sinceridad lo mismo que a Hervé y a todos los políticos y universitarios que colaboraban con el gobierno de Combe o participaron de sus ideas. Lucha a favor del servicio militar de tres años y se asocia a quienes reclaman el fortalecimiento del poderío guerrero de Francia. "Tal es nuestra situación —escribe Péguy en "L'Argent"—. Nosotros somos, muchas veces lo he dicho, y esto se verifica de más en más, una generación sacrificada. Nosotros hemos sido constantemente traicionados por nuestros maestros y nuestros jefes. A ningún precio transigiremos que nuestros hijos sean traicionados a su turno por los mismos maestros y los mismos jefes".

La boutique de rue Sorbone N<sup>o</sup> 8 entra en una nueva fase de sus actividades. Organiza una publicación quincenal "Les Cahiers de la Quinzaine", volúmenes escritos íntegramente casi siempre por el mismo autor, y que se sostenía con las cuotas de los abonados. Allí se reunían algunos de los que más tarde fueron famosos escritores de Francia, allí concurría regularmente George Sorel, le fiere Sorel como se le llamaba en la casa. En esta empresa cuyas publicaciones registran el proceso intelectual de la época en muchas de sus manifestaciones más significativas, trabajó rudamente Péguy en los últimos 10 años de su vida. ¡Cómo trabajó! Cuántas dificultades finan-



cieras para mantener el trabajo editorial; qué vida estrecha, dura, apremiada y sostenida por un esfuerzo obstinado y agobiante la suya! No le hubiera costado gran cosa armarse de un título y obtener algún cargo de profesor que le permitiera vivir con tranquilidad. Pero eso; rehuir la parte hostil y rigurosa de la existencia, buscar la vida cómoda, es lo que menos puede concebirse en Charles Péguy. Sintió hasta el fondo la dureza de la vida, pertinaz, cerradamente, sin resquicios, ni pausas, ni oasis. Ha escrito algunas páginas extraordinarias sobre la miseria. "Casi siempre se confunde la miseria con la pobreza y esta confusión proviene de que la miseria y la pobreza son vecinas". "Son vecinas, sin duda alguna, pero están separadas por un límite. De un lado de ese límite, el miserable o tiene la certidumbre de que su vida económica no está asegurada, o bien, no tiene certidumbre alguna de que esté o no esté asegurada; corre el riesgo. El riesgo cesa en dicho límite. Del otro lado de éste, el pobre y el rico abrigan la certidumbre de que su vida económica está asegurada. La certidumbre reina más allá de ese límite". Comparaba a la miseria con el infierno, en cuanto el infierno está calificado esencialmente como el efecto de una excomunión divina; el condenado está privado de la presencia de Dios; sufre la ausencia de Dios. "Cuando con el pueblo —escribía— o, mejor, en el pueblo hablamos de infierno en teología; el purgatorio no corresponde sino a algunos elementos de la pobreza; mas la miseria corresponde plenamente al infierno; el infierno es la eterna certidumbre de la muerte eterna; pero la miseria es para la mayor parte la total certidumbre de la muerte humana, la total penetración de lo que resta de vida por la muerte y cuando hay incertidumbre, esta incertidumbre es casi tan dolorosa como la certidumbre fatal".

Desconfiaba de quienes no habían conocido la dureza de la vida; en su filosofía ese conocimiento es un principio de la salvación. Cuando Péguy decía pueblo, quería decir eso; gente que conoce la lucha, el rigor de la existencia, la vida cruenta. Por ejemplo, para alabar a Santa Juana se expresaba de este modo: "Elle était peuple, et chrétienne et sainte". Es decir, que no era una flor de la caballería, por más que esgrimiera las armas y realizara las mismas hazañas de los caballeros, porque pertenecía a la raza de los que han sufrido estrechez y vejamen, y los caballeros estaban por encima de esa eventualidad. Como dice Lucas de Pesloüan, que fue su amigo de muchos años, y que lo conoció a fondo, "no pensaba que la vida

debiera ser miserable; pero sabía que es penosa, que lo será siempre; y creía que debe serlo. El hombre, a su juicio, por el hecho mismo de estar en el mundo, no debe querer una vida dulce, sino una vida dura, y vivirla duramente; casi ir al encuentro de las zozobras. Este es uno de los fundamentos de su ética y la primera afirmación de su heroísmo".

Alrededor de 1905 sigue Péguy los cursos de Bergson en la Sorbona. El integraba infaliblemente aquel auditorio, aquella multitud que llenaba desde temprano el anfiteatro donde el célebre economista Leroy-Beautien dictaba su clase de una hora antes que Bergson, y contaba así con un público inesperado. Inesperado por su cantidad y por la calidad. Como en los días de "premier" del Teatro Francés y de la Opera Cómica una fila de automóviles elegantes se alineaba frente al Colegio de Francia. El pensamiento de Bergson ha ejercido honda influencia sobre Charles Péguy. Lo apasionaban las brechas que el filósofo de la "Evolución Creadora" abría en los principios del materialismo y su recia embestida contra el crudo determinismo dogmáticamente afirmado por esa época. Lo llenaban de gozo espiritual las coincidencias entre esa nueva filosofía y el espontáneo cristianismo que profesaba por condición nativa. La sentía como una liberación, en cuanto significaba abrir una vertiente para el renacimiento metafísico. A raíz de haber sido puestas en el Index las obras de Bergson, Péguy escribió su denso trabajo "Note Conjointe sur Descartes". Pertenecen a Bergson estas palabras sobre Péguy, publicadas después de su muerte. "Muchas personas me han hecho el honor de escribir sobre mí. Nadie, dejando de lado los elogios inmerecidos que me dedica, lo ha hecho como Charles Péguy. Tenía un don maravilloso para franquear la materialidad de los seres, para traspasarla y penetrar hasta su alma. Es así como él ha conocido mi pensamiento más secreto, tal como yo no lo he expresado, tal como yo hubiera querido expresarlo".

¿En qué momento empieza la crisis religiosa de Charles Péguy? Imposible saberlo. Sus amigos nos cuentan que cuando no lo sospechaban —y según pudieron saberlo más tarde por propia confesión de Péguy— colmaba su sed mística por el camino de la plegaria. Había empezado a rezar el Ave María; atravesando las calles de París, pasajero de los ómnibus urbanos, se ensimismaba para remontarse en el vuelo espiritual de la oración. No dispondríamos de tiempo, desgraciadamente, para relatar la crisis religiosa de Péguy; sobre la

que existen numerosos testimonios y comentarios. Pero sí debemos decir que fue una crisis profunda, prolongada; que su tormento interior, la conmoción abismal del alma, era de tal naturaleza que hasta se confundía con los signos del padecimiento físico, del dolor de la carne.

Charles Péguy buscó en ese momento la comunicación espiritual de un amigo católico, que acababa de pasar por una gran crisis religiosa. Era Jacques Maritain. Devoto amigo de su madre, Madame Favre, en cuya casa almorzaba habitualmente todos los jueves y amigo asimismo de su hermana Jeanne Maritain que había colaborado durante algunos meses en los Cahiers. Péguy mantuvo con el filósofo tomista largas conversaciones, que tenían como centro su crisis espiritual. Péguy le encargó que sirviera, a su vez, de intermediario para su correspondencia con el antiguo amigo del colegio de Sainte-Barthe, Baillet, que ahora era benedictino.

La hermana de Maritain nos ha contado una visita que hizo a Péguy por aquellos días, y que revela patéticamente su estado de espíritu. “¿Cómo le va?, le dice ella. —Muy mal, responde. Me voy. Mi enfermedad del hígado me devora. No tengo para mucho tiempo. —¿Es sólo esta enfermedad la que lo mina? —Ah, usted lo sabe bien, todo se junta, dijo después de un silencio. Sufro atrozmente y deseo morir. —¿Antes de haber vivido como nuestro Señor lo reclama? —Estoy fatigado, agotado, exhausto, mi vida temporal ha fracasado. —Usted puede cambiarla si cambia su corazón. Nada se puede sin Jesús. —Rezo sin cesar, a pesar de ello soy horriblemente desgraciado.” La joven le dice entonces que eso no le sorprendía, que él estaba tentado, atormentado, que los había decepcionado a todos y que no hacía nada para avanzar en su vida cristiana. “Tengo, gracias que usted no sospecha, exclamó él apasionadamente. —Justamente, en virtud de esas gracias debería usted tener por Dios una gratitud infinita y debería demostrarla. Si usted no avanza, retrocede. —Mi vida es dura, replicó él, estoy deshecho. Y luego, dentro de mí, está la guerra. Sufro atrozmente.”

Maritain le pidió que convirtiera su matrimonio civil en religioso y que hiciera bautizar a sus hijos. A lo que Péguy responde que la idea de emplear su autoridad paternal para hacer bautizar a sus hijos contra la voluntad de su madre, no entraba dentro de su espíritu. Los hermanos Tharaud hacen este comentario que me parece profundo y exacto: “¿Cómo podía él imponer a otro lo que ja-

más había aceptado que le impusieran a sí mismo? Tanto como le parecía benéfica la autoridad que surge naturalmente de un ser y que se acepta con gozo, detestaba la autoridad que se impone, a la que llamaba para distinguirla de la otra, la única buena y fecunda autoridad de comando.” Esta actitud de Péguy es reveladora de su respeto por la libertad de los demás, por la libertad de la persona.

Después de algún tiempo terminaría Péguy por separarse definitivamente de Maritain, y revocarle su papel de intermediario espiritual con los amigos benedictinos. A Péguy, temperamento tan místico y tan leal para consigo mismo, le irritaba la tranquilidad dogmática. Dice en una carta a Lotte: “Algunos católicos son verdaderamente insoportables en su seguridad mística. Se imaginan que el estado natural del cristiano es la paz, la paz por la inteligencia, la paz en la inteligencia. Lo propio del místico, por el contrario, es una inquietud invencible. Si creen que los santos eran señores tranquilos, se equivocan!” Lo aterraba la posibilidad de cualquier cambio que importara renunciar a su auténtico ser. “Prefiero —decía— a aquel que continúa siendo el mismo en el orden más bajo, que aquel que deja de ser el mismo en un orden eminentemente más elevado.”

Pero la crisis religiosa no lo atormentaba en vano e iba ganando planos cada vez más profundos de su espíritu. Escribe “El misterio de la caridad de Juana de Arco”, donde aparece ya una inspiración auténticamente religiosa. Su hijo, que acababa de resistir la fiebre tifoidea, llevado a una playa para restablecerse, contrae la difteria. Péguy decide hacer una peregrinación a Chartres para implorar a la Virgen salud para el enfermo. Lo imagino caminando por los campos de Francia, afligido, afiebrado, paternalmente enternecido, a este hombre que poseía la condición esencial de los fuertes, a quien las dificultades lejos de abatirlo o decepcionarlo lo exasperaban, y no puedo menos que decirme que en esta su desesperación ante la impotencia para remediar el dolor de lo que había creado, resplandece la calidad de su fuerza, la nobleza de su fuerza.

Péguy veía la proximidad de la guerra. Tenía la certidumbre de que iba a estallar. Cuando el Kaiser desembarcó en Tánger para simbolizar con este acto que a Alemania no le eran indiferentes los intereses africanos y los del Mediterráneo, Péguy corrió a aprovisionarse, como lo hacen los padres de familia el día en que se decreta la movilización. En 1913 escribe lo siguiente: “Yo no sé, para continuar hablando objetivamente, si jamás un pueblo estuvo sometido

a este régimen. Es propiamente un régimen de guerra en tiempo de paz. No basta decir que es el régimen de la paz armada. Sería mejor decir que es el régimen de la paz cargada. Es cierto y es evidente que por una parte este régimen es mucho más insostenible que el régimen de la paz. Pero yo no me sorprendería que fuera más insostenible que el régimen de la guerra misma. Una guerra tiene de cualquier modo escapes, recuperaciones y caídas de potencial. No quiero hablar de la guerra si no es con extrema cautela. Pero me imagino que una guerra tiene acaecimientos, incidencias, acontecimientos. Nosotros estamos desde 1905 en un régimen en que el acontecimiento mismo está suspendido. Nosotros acumulamos la crisis de la guerra y la duración de la paz. Sobrellevamos con permanencia y como hábito lo que hasta ahora no ha sido más que un momento de crisis”.

Pregunto si estas palabras no parecen haber sido escritas para describir el estado actual de Europa.

Declarada la guerra, Péguy se incorpora a su regimiento. El 16 de agosto, ya en el frente, le escribe a la hermana de Maritain: “Le diré quizás un día en qué parroquia he escuchado la misa de la Asunción...” Después de 10 años de meditación religiosa, era la primera vez, y seguramente la postrera, que asistía a misa. Lo que fue su epifanía espiritual en aquella ocasión, no podríamos reflejarla aunque lo imagináramos. Opto por el silencio. Sólo diré que en la víspera de la muerte heroica, esa su primera misa, nos muestra cómo para él llegó dichosamente a un tiempo mismo la más alta virtud temporal y el don de los valores eternos.

El 5 de septiembre, hacia las 5 de la tarde, en Villeroy, sobre la planicie de Meaux, Péguy fue muerto de un balazo en la frente que lo alcanzó estando de pie mientras daba voces de aliento, cuando ordenaba acelerar el fuego a los soldados que disparaban acostados en la tierra.

Tal es, a grandes rasgos, la vida de Charles Péguy que se trunca a los 41 años. Su obra escrita comprende aproximadamente 30 volúmenes, repartidos entre la prosa y el verso. Fue tan importante poeta como pensador. Hay algo que se impone por encima de muchas otras fuertes características de su personalidad y es que en él armonizan cualidades y tendencias que en el hombre moderno aparecen

disociadas: socialista y patriota, hombre de pensamiento pero con muchos rasgos del hombre de acción, trabajador intelectual apasionado por el trabajo manual, libre pensador y católico auténtico en la esencia de su ser, revolucionario y militarista. Su pensamiento revela asimismo, en todos sus aspectos, esa misma integración. Sobresalía por los valores del espíritu; pero es enorme la gravitación que en su obra ejerce lo carnal, lo temporal, la raza, la tierra. Siempre buscó asociarlos, nunca disregarlos. Su medida es una medida de hombre, humana; no del espíritu puro o del espíritu desencarnado. Cuando las diversas actividades o facultades persiguen fines encontrados, la unidad se quebranta y reina el caos que equivale al fracaso, en última instancia, del trabajo del hombre. En Péguy la concordia es extraordinaria. Lo intemporal, lo eterno tenía que inscribirse para él en lo carnal, en lo terrenal, en lo temporal, y si lo hacía, Péguy quedaba sediento y hambriento de unidad. De ahí su devoción, su predilección por Juana de Arco, heroína y santa a la vez. Por eso este socialista se inspiraba en ella, porque poseía un sentido heroico de la vida y un concepto religioso de la acción. Cualquier doctrina social sin heroísmo, cualquier heroísmo puramente temporal, lo hubiera dejado insatisfecho. Su misma vinculación de la mística y la política, su pensamiento según el cual no hay revolución verdadera si no es una revolución moral, acusa también una asociación de calidades casi siempre desencontradas. “Y nosotros por un movimiento cristiano profundo —escribió cuando el asunto Dreyfus— y esta interpretación suya de una cuestión humana, terrena, política, demuestra como pocas, esa condición, que destacamos de su espíritu por un impulso muy profundo, revolucionario y a la vez tradicional del cristianismo, siguiendo en esto una tradición cristiana de las más profundas, de las más vivaces, de las más en la línea, en el eje y en el corazón del cristianismo, nosotros no buscamos menos que elevarnos no digo a la concepción sino a la pasión, al cuidado de la salud eterna, de la salud eterna de este pueblo, no ambicionábamos menos que vivir en un cuidado constante, en una preocupación, en una angustia mortal, eterna, en una ansiedad constante de la salud eterna de nuestro pueblo, de la salud eterna de nuestra raza. En el fondo nosotros éramos los hombres de la salud eterna y nuestros adversarios los hombres de la salud temporal. He ahí la verdadera, la real división de “l'affaire Dreyfus”. En el fondo no queríamos que Francia cayera en estado de pecado mortal”.



Repetiré lo que he dicho en otra ocasión a propósito de Charles Péguy. La calidad excepcional del espíritu de este hombre se percibe en cuanto uno traba contacto con su obra. Hay una atmósfera tan especial en los libros de Péguy, que quien lo haya leído una vez vuelve a frecuentarlo constantemente. Esa poderosa atracción proviene, para mí, sobre todo de dos rasgos esenciales de su pensamiento y de su vida.

Jamás desarrolló Charles Péguy una idea que no sintiera profundamente, que no fuera, por decir así, consubstancial con su íntimo ser. Ni una sola idea muerta; todas son ideas vivas, palpitantes en su obra. Y dichas ideas reaparecen con maravillosa intensidad y constancia en los actos que ejecuta y en sus reacciones ante la realidad; pertenecía a esa escasa especie de intelectuales que, además de pensar sus ideas, las viven. Su vida —siempre resulta imposible dejar de mencionarla cuando se habla de él— es tan grande como su obra, por lo mismo que representa la transcripción práctica de su producción intelectual. Y cuando ocurre el raro suceso de que el plano real de la existencia y el plano ideal de los libros coinciden, la vida que se vive es una vida de calidad heroica, de alta tensión, rica de luminosidad y de hermosura, como fue efectivamente la vida de Charles Péguy. La lealtad para con sus propias ideas constituye en su caso, como en el de cualquier otro escritor de quien cupiera decir lo mismo, el mejor testimonio de que es sincero. Un hombre así puede ser escuchado sin desconfianza.

Unida a esta cualidad positiva sobresale en Péguy otra característica de inverso carácter, un rasgo de ausencia; si lo primero mueve a alabar por lo que hace, lo segundo resulta admirable por lo que elude. De los dos grandes grupos en que se acostumbra a dividir a los escritores modernos —reaccionarios y liberales—, Péguy conocía muy bien los secretos, los problemas y las soluciones. Tanto unos como otros mantienen en clausura, dolosamente reprimidas, muchas conclusiones que están en germen en sus ideas o tratan de imponer al intelecto una serie de principios incluso que no son, en el fondo, sino antiguos y gruesos lugares comunes, que rechaza la conciencia libre. Péguy —carácter singularmente dotado para encarnar cualidades de grupos contrarios que pasan por ser antagónicos, indomable custodio de su libertad interior, de la que era tan celoso como sensible a los agravios a la libertad ajena— consigue evadirse

siempre de limitaciones de esa naturaleza. Exento de prejuicios de izquierda y de derecha, en su obra se respira a pulmón pleno; nunca se ve precisado el espíritu a hacer concesiones que le sean arrancadas por la fuerza. Lo más opuesto a su personalidad es la imagen del mutilado; ningún valor auténtico, humano o divino, le era indiferente; estaba hecho para vivir en plenitud, para crear, rebelde a toda deformación, con espontánea frescura.

Julien Benda en su libro "La Trahison des Clercs" que es, sin duda, un libro importante, expresa que conviene que haya hombres que empujen a sus semejantes hacia otras religiones que no sean las del temporal, y a quienes tienen a su cargo este papel les llama "les clercs", los clérigos, los sacerdotes. (Usaré las palabras francesas porque sus equivalentes castellanas tienen un sentido más restringido y menos extensible por analogía.) Pero observa que "les clercs" no desempeñan ya su papel fundamental y muchos asumen la función contraria. Señala que lejos de defender los intereses intemporales, universales, muchos de los principales pensadores se han puesto al servicio de los intereses opuestos, de los intereses temporales y particulares. Creo que en cierta parte de su crítica, Benda tiene razón. Benda habla poco de Péguy en "La Trahison des Clercs"; pero sí lo hace, extensamente, en su último libro "Un Regulier dans le Siécle" y anota respecto de Péguy, de quien fue amigo, muchos de los vicios del "clerc" de nuestros días. Yo no pienso que el testimonio de Benda haya deformado la realidad; lo creo un testimonio honrado, sincero, y estoy convencido que desde el punto de vista de Benda, seguramente no pudo ser distinto. Pero pienso que la posición de Péguy implica una superación respecto de la que Benda sustenta, y en cierto sentido, su crítica reposa en que Benda entiende que debe dissociarse lo que en Péguy aparece compenetrado, unido.

Un discípulo de Charles Péguy o que por lo menos ha sido influenciado vigorosamente por su obra —Denis de Rougemont— que figura entre los más fértiles y promisoros pensadores jóvenes de Francia, ha señalado como característica de la actual crisis de la civilización una separación demasiado marcada entre la cultura y el trabajo, entre el pensamiento y la mano. El punto de vista de Denis de Rougemont me parece singularmente coincidente con el que está implícito en Péguy, y la tesis de aquél es muy distinta, casi opuesta a la de Benda. "La decadencia de nuestra cultura —dice Denis de Rou-

gemont en su libro "Penser avec les Mains"— proviene a mi ver de un conjunto de causas económicas, políticas y morales de la que los intelectuales me parecen responsables de una parte que no es la menor: Trataré de medirla. La falta que yo les imputo no es la de haber conducido mal la opinión, sino de haber rechazado el conducirla, y esto por el eterno pretexto invocado por nuestra haraganería: el pretexto de la impotencia". "Que el espíritu vuele sublime y decantado. Dadme de qué escribir y de qué lavarme las manos. He ahí nuestros "clercs". "Es por haberse negado a descender a altura de hombre, al nivel de lo real, que nuestra cultura fracasa". "La cultura no está a nuestra medida, nos ofrece alimentos de lujo y nosotros tenemos necesidad del pan diario. Nos ofrece especialidades farmacéuticas y nosotros tenemos necesidad de tónicos elementales, de vitaminas naturales". "Separación del pueblo y de las personas cultivadas, separación del espíritu y de los poderes reales, he ahí el término de una evolución, o mejor de una descomposición, de la que nosotros somos las víctimas". "Pensamientos privados de manos, manos privadas de pensamientos, si el confort se consigue a ese precio, el desenlace que se prevé es trágico". "Corresponde a la crítica marxista el mérito de haber sido la primera en denunciar la irrealidad de los problemas que embargan la conciencia distinguida".

El postulado de la inactualidad del pensamiento que parece ser el de nuestros días, como consecuencia del reconocimiento de leyes naturales que rigen los fenómenos y de la necesidad de alejarse de ellos, de mirarlos en perspectiva y calma para intelegirlos, no reposa en la realidad sino en un arraigado y difundido prejuicio. Debería causarnos horror lo que nos deja indiferentes y es que el pensamiento llegue tarde, de que no seamos capaces de crear productos culturales capaces de conquistar a los hombres sencillamente y no sólo a las conciencias de excepción.

Poco antes de partir para el frente, Charles Péguy escribía a uno de sus amigos: "Si no vuelvo, conservad de mí un recuerdo sin duelo; lo que vamos a hacer en pocos meses vale más que lo que hemos hecho en muchos años". Probablemente si conociera nuestra realidad actual, pensaría que aquel era un sueño insensato. Pero nos queda su pensamiento que es fecundo en posibilidades de rendición y de integración. Casi las únicas doctrinas que buscan una separación a los regímenes actuales, las personalistas para las cuales toda organi-

zación económica y social que limite al hombre en su realidad, su libertad y su responsabilidad, que lo mutile en sus aspiraciones espirituales, es mala y merece perecer están en buena parte inspiradas en Péguy, como las de los grupos de "Esprit" y "Ordre Nouveau". Su mensaje arranca de la estatura real del hombre, tan arraigado a la tierra, tan adentrado en la carne y a la vez cautivado y libertado por el espíritu. El pensamiento de Charles Péguy tiene hoy, por el influjo de su obra y la índole de los problemas de nuestro tiempo, más vida que nunca.

*Carlos Alberto Erro*